

1847 feliz navegación. Otro mes se gastó en subir el Magdalena, sin más novedad que las incomodidades consiguientes á ese género de embarcaciones tan primitivo, que hemos ya referido. El P. Torroella había bajado hasta Honda para recibirle y de aquí marcharon juntos á la Capital, donde fué muy cortés y cariñosamente obsequiado, no sólo por sus nuevos súbditos, sino también por el Ilmo. Sr. Arzobispo y los personajes más notables entre los amigos de la Compañía. Leidas las letras patentes del P. General, quedó instalado en su oficio el P. Visitador, quien confirmó en el cargo de Superior de aquella casa al P. Torroella.

Queda, pues, de esta manera inaugurada la que podríamos llamar segunda época de esta historia, en la que, como se verá, la Misión, aunque no sin contradicciones, siguió prosperando muy notablemente. En todas partes se trabajaba con tranquilidad, así en la educación de la juventud, como en todos los demás ministerios; pero lo que más llamaba entonces la atención, así de los domésticos como de los extraños, eran las noticias del incansable celo del P. Lainez en la conversión de las tribus infieles del Caquetá. Había emprendido, como dijimos, su tercera expedición el 4 de Enero, y después de 37 días de fatigas increíbles, volvió á Mocoa, desde donde dirigió al P. Superior la carta que, como las anteriores, vamos á copiar íntegra, para no privar á nuestros lectores ni de sus interesantes detalles, ni de la unción apostólica que sus palabras respiran: dice así:

Mocoa 19 de Febrero de 1847.

Mi Rdo. y apreciado P. Superior.

3.—Carta
del
P. Lainez.

Por la que escribí á V. R. con fecha del 1.º de Enero de este mismo año, le anuncié mi próxima salida de Mocoa con el objeto de recorrer el dilatado

1847 teatro de las Misiones en el Caquetá; y por la presente tengo el indecible placer de dar á V. R. la grata noticia de mi feliz regreso á este mismo punto de mi residencia, después de 37 días de excursiones apostólicas entre las tribus salvajes.

Mil alabanzas y bendiciones sin cuento sean tributadas al Padre de las misericordias y al Dios de toda consolación, al que es fuente cristalina de donde nace y corre hasta nosotros todo bien, porque se dignó derramar á manos llenas sus gracias y sus favores sobre mí, que soy el ínfimo y el más ruín de los operarios evangélicos: *ego minimus Apostolorum, Sanctorum minimus*. Gracias también á todos aquellos buenos católicos y almas fervorosas, que levantando sus manos todos los días hacia el cielo para implorar los auxilios divinos á favor de los misioneros y por la conversión de los infieles, les alcanzaron, á ellos grandísima merced, y á mi, salud, fuerzas, seguridad en los peligros y algún acierto en mis empresas. De otra suerte; ¿cómo era posible, mi Rdo. Padre, ni imaginable, que mi expedición hubiese tenido tan felices resultados y que todo hubiera salido á medida de mis deseos?

Convencido desde un principio de que sin tener un conocimiento bastante exacto del país de las Misiones, me sería difícil cosa cumplir debida y escrupulosamente con mi delicado é importante empleo; tomé la determinación de salir de Mocoa con dirección al Oriente, para visitar todas las tribus que posible me fuera, en aquellas partes de este territorio, que lindan con el Marañon. Habiéndome, pues, despedido de mis Mocoas y dejado en mi lugar al R. P. Piquer, emprendí mi marcha en compañía de unos cuantos indios, atravesamos los ríos Mulatoyaco, Rumiayaco y Pepino y fuimos á pasar nuestra primera noche en *Tigreplaya*, desde donde empieza una espaciosa llanura, que se pierde en el Brasil.

1847 Si el navegante se regocija al entrar en un puerto seguro, después de haber sido el juguete de las olas, y pasado agonías de muerte en medio de la deshecha tempestad que quería tragarlo y sumirlo en lo profundo del mar, no de otra suerte mi corazón y aun todos los miembros de mi cuerpo, fatigados, estropeados y estenuados de resultas de mis pasados viajes por caminos escabrosos y por montes inaccesibles, saltaron de gozo y como que rejuvenecieron, al considerar yo que una llanura sin límites iba á remplazar las penosas cuestas, las espesas y torcidas veredas, los continuos y temibles precipicios de Sibundoy á Mocoa.

Llegué con toda felicidad al Uchipayaco, donde me esperaba con varias canoas el Sr. Corregidor del Putumayo y un crecido número de indígenas. Allí nos embarcamos después de haber descansado un momento, anunciando los indios nuestra salida del puerto con el ronco sonido de sus bombonas. Pocas horas después nuestras ligeras canoas serpenteaban por las aguas del rápido Guineo para entrar al día siguiente en el Putumayo, cuyas riberas están pobladas de muchas tribus de estos pobrecitos hijos de los ríos y de la arena, como solía llamarlos el Corregidor que me acompañaba.

Nace el Putumayo, según pude observar, al Nor-Oeste del Páramo-Bordoncillo, sito al Oriente de Pasto. Las copiosas aguas que caen en este Páramo toman dos direcciones principales y opuestas entre sí. Por una infinidad de quebradas y arroyuelos van escurriéndose las unas hacia el Sud-Este y las otras hacia el Nor-Oeste del Páramo. De las primeras se forman los ríos Espinayaco, Guarmiyaco, San Agustinyaco y de San Pedroyaco; todos ellos riegan la espaciosa vega de Santiago, y antes de salir de ella se unen al Putumayo y engruesan sus aguas considerablemente. Las segundas, después de haber costeadado la parte del Páramo, que mira al Norte, y la cordillera

que en la misma dirección media entre Santiago y Sibundoy, dan la vuelta por detrás del cerro, á cuyas faldas está fundado este último, y salen todas reunidas con el nombre de río Putumayo al Nor-Oeste del mencionado Sibundoy.

Es el Putumayo un río verdaderamente caudaloso, ameno y rico. Su curso desde su origen hasta su desembocadura en el Marañón puede calcularse entre 11 á 12 grados; desde su mitad me parece mayor que Magdalena, sin ser malsano como este; pues casi las únicas enfermedades que experimentan los indígenas que viven junto á sus riberas, se reducen á catarros, disenterias y dolores de costado, efectos todos de sus disparates y del poco cuidado que tienen de preservarse del sereno y de la humedad. Sus orillas é isletas son hermosísimas; aves de toda especie, de vivísimos y variados colores, y particulares á este territorio, cubren sus playas en tiempo de verano, y en invierno hacen resonar los bosques con sus cantos y no interrumpidos trinos. Sus aguas son el albergue y mansión común donde residen tranquilamente una infinidad de peces, tales como la dorada, el zabaló, el boca-chica, el bagre, el barbudo de tres colores, blanco, negro y mixto, el lechero, la danta, el capiguara, el gamitana, el pauche, la sardina, la percha, el corbineta, el pintadillo, la galopa, el dentón, el manatí ó vaca marina y mucha charapa. El maíz, la yuca, el cacao y el tabaco se dan perfectamente bien en sus inmediaciones; nada digo del maná de la Nueva Granada, del plátano, porque lo hay de cinco especies diferentes. La navegación es muy segura; los Portugueses existentes en Tefé suben de cuando en cuando con sus gariteas á vender sal, vino, veneno y otros géneros y se llevan zarza, cera y mantecas. Si después de esto, queremos internarnos en los bosques que por una y otra parte cubren aquella inmensa llanura, cuántas preciosidades no encontraremos en ellos?

1847 Maderas finísimas de varios colores, plantas medicinales, árboles aromáticos, resinas de muy subido precio; todo esto y otras mil cosas que no conozco, allí se encuentran en abundancia. Un naturalista aplicado hallaría en este territorio mucho que examinar, y materia suficiente en que poderse ocupar toda su vida con gran provecho suyo y ventajas de la sociedad. Nada digo de lo que comprendemos bajo el nombre genérico de caza, porque en esta materia nada hay que desear. La perdiz, el conejo, el venado, la camarana, el paují, la tórtola, la nutria, la pava y los puercos en manadas de 100 y 200 aseguran al viajero la subsistencia á poca costa. Con una bodega, un poco de veneno y unas cuantas flechas que lleve consigo ya está seguro de no morir de hambre; no solo eso, sino que puede comer y cenar opíparamente.

Pero dejemos á un lado, mi Rdo. Padre, todas estas riquezas materiales, que el Supremo Hacedor y Rey de la naturaleza puso en el mundo para servicio del hombre; no hablemos más de tantas bellezas, de tantos minerales como encierra en sus entrañas el suelo Granadino, esta tierra de bendición. Digamos algo del verdadero tesoro de estos países, de las prendas de mi corazón, más claro, de mis amados indios.

La 1.^a población ó ranchería que de ellos se encuentra en el Putumayo es la de San Diego del San Juan, ó la de San Diego-Nuevo, para distinguirla de la 2.^a llamada San Diego-Viejo. Recibieronme los indios al sonido del tamboril y de la zampoña; llenos de contento por mi llegada vinieron todos á visitarme, habiéndose pintado antes cara, manos y piés y puesto sus plumajes y adornos de etiqueta en señal de alegría y de fiesta. Por lo que toca á la posición topográfica de este pueblo, ella es bellísima. Colocado en una linda vega, bajo un cielo siempre sereno y despejado,

1847 es además una graciosa península formada por la confluencia del San Juan y el Putumayo, bañándolo las aguas del primero al Sud-Oeste y las del segundo al Norte, siguiendo reunidos para no separarse jamás, cosa de una legua en línea recta, á vista del pueblecito; por este motivo la residencia en él es muy placentera. Su temperatura no sube de 24° del de Réaumur. La ocupación de los San-Diegos es la pesca y la caza del Zaino. Cuando están de vuelta y han tenido la suerte de cojer alguna cosa de provecho, tienen la laudable costumbre de reunirse en la choza del Curaca ó taita gobernador para comer entre todos lo que uno cogió. Todo su lujo consiste en los adornos de que acabo de hablar, en sus pinturas y plumajes. La cara la pintan de encarnado, cuando tienen que andar expuestos á los ardores del sol; empero cuando residen en el pueblo, forman en ella varias figuras triangulares y ribetes, que no dejan de caerles en gracia. Desde los piés hasta media pierna pintan sus botas, pero tan bonitamente, que me quedé admirado de tan ingeniosa invención y de la recta distribución de los colores. No usan sombrero; su larga cabellera suple por este y por quitasol. La sujetan con una guirnalda de plumas de loro; de su parte posterior cuelga una especie de trenza muy larga compuesta de colas de carillo. En lugar de peineta, hacen sobresalir de aquella parte de la guirnalda que está inmediata á la nuca, varias plumas de guacamaya, á manera de abanico. Por gargantillas usan de dientes de mono, cuando no son de tigre, y una porción de chaquiras y de pedazos de bainilla, la que les hace ir muy olorosos y perfumados. Su vestido siempre es de la misma manera, es decir, la Cusma, de la que hablé á V. R. en mi primera carta. Entre estos indios, ninguno vá desnudo sino es por mera necesidad, lo que suele suceder algunas veces entre las mujeres. Esto no deja de afligirme, no pudiendo yo darles algunas varas de lienzo ni cosa

1847 que lo valga para que remedien su necesidad. ¡Ojalá se abriera entre los caritativos Granadinos una suscripción, con el objeto de recojer algunos fondos ó limosnas, que yo emplearía escrupulosamente en vestir las indiecitas pobres y necesitadas! Mis más ardientes votos y encendidos deseos, son porque se establezca en la Nueva Granada la Obra de la Propagación de la Fe, extendida ya casi en todo el mundo, esa obra tan protegida y alabada de la Santa Sede y de los señores Obispos; esa obra eminentemente católica, esa obra verdaderamente divina, inspirada por Dios en nuestros aciagos tiempos para bien temporal y espiritual de tantas almas y para socorro de aquellos que renunciando á todas las comodidades de la vida y abrasados de caridad, van por los espesos montes y á regiones lejanas con peligro de su propia existencia, en busca de aquellos infelices que todavía no disfrutaban como nosotros del inestimable don de la fe.

Y qué, ¿han de ser los Granadinos menos generosos que los demás habitantes del globo? ¿Han de ser menos solícitos de la conversión de los infieles que no lo son los mismos protestantes y los turcos? No, no; eso no lo puedo creer ni imaginar; semejante pensamiento es para mí una grave tentación, que desde este momento desecho y aborrezco; la fe ha reinado y reina todavía, á pesar de los esfuerzos del infierno, en los corazones de los Granadinos. Católicos por principios, por convencimiento y por herencia, siempre harán alarde de ello, y manifestarán su amor y adhesión á esta misma fe, promoviendo las obras de piedad, sosteniendo la solemnidad del culto y á sus ministros; en una palabra, empleando todos sus recursos, á fin de que la Religión prospere de día en día y el Santo nombre de Dios sea conocido, reverenciado y acatado, no solo en el interior de la República, sino también en estos países y selvas donde viven tantos desgraciados que todavía no han tenido

1847 esa dicha, esa felicidad. Espero, pues, con fundamento que antes de mucho llegarán á mis manos sumas suficientes, con las cuales podré comprar algunos adornos para las iglesias ó capillas de mis indios y algunas efigies de María Santísima. En estos santos recintos aprenderán á alabar al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al Dios de la Nueva Granada; en ellos levantarán sus inocentes manos hacia el cielo pidiendo mil bendiciones para aquellos y aquellas que con sus limosnas los hubieren sacado de la miseria corporal y aun de las tinieblas de la gentilidad y de la superstición. Pero volvamos á los usos y costumbres de mis indios.

En sus enfermedades son supersticiosos; sólo atribuyen á Dios el romadizo, las viruelas y el sarampión; y los otros males, dicen ellos, provienen de la mala voluntad que les tiene algún vecino. Durante la dolencia acércanse de cuando en cuando al paciente, le chupan una y otra vez en la parte del mal, y después escupen ó soplan, persuadidos de que con sus aspiraciones sacaron á lo menos parte del dolor. Son sumamente sensibles y manifiestan gran pena cuando muere alguno de ellos, sobre todo si era la propia esposa. Bañados y arrasados sus ojos en lágrimas, cantan en tono muy triste y guardando un cierto compás, esta especie de refrán: *Yoqueré, yoqueré, equésé güayé, yoqueré, yoqueré*, es decir, «ya quedé solo, ya quedé solo, él ya se murió, ya quedé solo, ya quedé solo». Si la difunta había sido esposa propia ó persona muy allegada, rompen y hacen pedazos las ollas y totumas que tenía, queman sus andrajos, arrancan las matas de plátano y de yuca que plantó, desbaratan la choza en que vivieron juntos y se van al monte por un par de meses. Por lo demás son de costumbres muy puras; su docilidad es sin igual, su respeto á los sacerdotes es sumo, su desinterés es admirable, su resignación y paciencia casi inimitables, pues de nada

1847 se quejan, ni de la pobreza, ni del contratiempo, ni del calor, ni del trabajo, ni de las mismas enfermedades. Aun para salir á cazar, y para hacer alguna fiesta con tamboril vienen á pedir permiso al sacerdote ó Padre que los gobierna. Para mi un indio es un libro abierto en donde leo y veo la práctica de todas las virtudes, y un modelo que imitar. No piense Vuestra R. que esto sea efecto de su estupidez; nada menos que eso; pues todos están dotados de mucho despejo y penetración, como lo prueba su fisonomía, su modo de tratar y las obras de sus manos.

Híceme célebre en este pueblo y me concilié el amor de todos los indígenas por medio de una operación médica. Paseando estaba junto á las riberas del San Juan, cuando se presentó un jovencito dándome la infausta noticia de que una mujer cristiana estaba espirando. Fui sin demora alguna á su casa y efectivamente, la encontré en un estado fatal, pues de resultas de un flujo de sangre había perdido sus fuerzas, daba grandes alaridos y hacía repetidas contorsiones. Afortunadamente tenía en mi poder parte de un botiquín que compré en Pasto. La receté lo mejor que supe y pude, la exhorté á que pusiera toda su confianza en Dios y que le pidiera perdón de sus pecados. Reanimóse la pobre mujer, alargó su brazo y, tomando mi crucifijo: ¡Ah, Dioso mío! exclamó: ¡Ah, Dioso mío! y en esto lo besó. Volvíme á casa. Todavía no había pasado una hora, cuando ya corría la voz por el pueblo de que fulana había muerto. Por de pronto me asusté con semejante nueva, temiendo que atribuyesen ese accidente á mi venida y á mis recetas, según tienen costumbre de hacerlo cuando llega algún viajero y acontece alguna desgracia. Mas acordándome que, entre otras cosas, yo había dado á la enferma una poción con unas gotas de láudano, á fin de que calmasen sus dolores y durmiera un poco, sospeché (y no erré en mi cálculo) que

quizás estaría dormida, la reputada como difunta. Volví á su choza y la encontré, en efecto, descansando, traspirando y con buen pulso. Los desengañé de su error, la enferma se alentó, se le cortó también el flujo de sangre, y al día siguiente con asombro de todos y no menor contento mío, ya pudo salir de casa. A otros también corté las tercianas á la primera toma de quina que les di, verificándose aquí muy bien aquello del Evangelio: *Super ægros manus imponent, et bené habebunt.*

A unas cuatro horas de este primer pueblo, encontré la segunda ranchería de indígenas, llamados los San-Diegos de abajo, ó San Diego viejo. Estos buenos cristianos me causaron compasión; casi todos ellos se me presentaron en un estado verdaderamente lastimero, con muchas llagas en los dedos y en las piernas de resultas de las continuas picaduras del murciélago chupón. Y efectivamente, casi es imposible dormir tranquilamente de noche, sino es á cubierto de un excelente toldo; pues una nube de esos nocturnos sangradores se disputan la presa, y obligan á uno á estar de guardia y alerta hasta el amanecer del día siguiente. No hace mucho murió un muchacho á causa de una de estas picaduras, pues el murciélago le picó en una de las venas principales y le desangró.

Pero más abajo de San Diego viejo dí con la desembocadura del río Oritopungo. Según me contó un venerable anciano, en tiempos pasados existía aquí una numerosa población, compuesta de San-Diegos, Amaguajes, Piendos, Mamos y otros. Habiendo muerto el misionero que con ellos vivía, se dispersaron todos. Esto tienen los indios; que como se muera ó se vaya aquella persona, Padre ó Curaca, en quien tenían puesta su confianza, mudan de sitio, ó se esparcen por los montes. Los indios del Oritopungo eran restos de otra numerosa población, que existía en los orígenes del río Guamués. Habiendo penetrado en ella unos

1847 cuantos mercaderes de Pasto y observado que de las orejas de los indígenas colgaban pedazos de oro, arrastrados de su ambición y codicia, los embistieron con sus machetes y cuchillos é hicieron en ellos gran riza y no menor carnicería, dispersándose para siempre los que de sus manos pudieron escaparse.

Yendo siempre Putumayo abajo, se encuentran sobre su derecha las aguas del Guamués y del San Miguel, ambos á dos ríos bastante caudalosos. El origen del primero, llamado por los Aguaricos, Apichaca, esto es, Puente de Mazamorra, es desconocido; unos lo hacen nacer de la Laguna de Santiago, de que ya hablé en mi primera carta, y otros quieren que nazca de las inmediatas cordilleras; por manera que *adhuc sub judice lis est*. Al día siguiente de haber visitado los Sandiegos, llegué al pueblo de Cuembi; más bien parecía una ranchería de viudas, que otra cosa. Uno de aquellos que han solido abusar del dócil carácter de los indios, había sacado todos los hombres del pueblo y llevádoslos en su compañía hasta el Maraón, con pretexto de comerciar y traficar con los Portugueses. Vinieron á visitarme las mujeres de los unos, las madres de los otros, dándome mil quejas y diciéndome que disimulara si ellas no podían regalarme plátano, yuca y otras cositas, porque sus maridos estaban ausentes de 14 meses á esta parte. Las consolé por medio de mi intérprete y les prometí hacer cuanto estuviera á mis alcances á fin de que todos los ausentes regresaran pronto al pueblo. Cinco días después los encontré junto á las ruinas de un pueblecito destruido poco tiempo había, llamado Cüepi. No dejé continuar su rumbo al autor de tantos males sin haberle echado en cara su felonía y amenazado con el rigor de las leyes. Dirigimos en seguida nuestras canoas hacia los Picudos, situados en el Llaucará, península formada por los ríos Picudo-grande, por otro nombre el Yanayaco (agua negra), por

1847 el Picudo de abajo y el Putumayo. Su amable trato y buenas maneras me encantaron, sintiendo en el alma ellos mi pronta y precipitada marcha y yo la separación de tan buenos amigos. En esta península de los Picudos hubo también en tiempos pasados una numerosa población. Algunos indios, irritados y ofendidos de que el Sacerdote que los dirigía les hubiera dado azotes, resolvieron quitarle la vida, lo que poco después ejecutaron, no solo en su persona, sino también en la de su criado y criada dejando los cadáveres en campo raso para pábulo de las aves de rapiña y de los hambrientos tigres. La noticia de tan lamentable suceso llegó á oídos de un negro Portugués, llamado Blas Calvo, familiar ó criado del Cura de los Mamos (hoy la Concepción). Blas quiso vengar la muerte de dichas personas, conocidas suyas. Reunió al afecto un crecido número de indios Guaques, Coreguajes, Macaguajes y Mamos, y subió al pueblo de los Picudos en busca de los asesinos. Estos olieron pronto y supieron de qué se trataba en la población vecina; y así tomaron las de Villadiego y se dirigieron hacia San Miguel. El terrible Blas Calvo se encolerizó sobremanera y (como solemos decir) se le hincharon las narices, cuando supo el chasco que acababan de darle los Picudos. Sin perder un momento, sin detenerse para dar sepultura á los cadáveres, dobló sus marchas y pudo dar alcance á los fugados en el mencionado San Miguel. Los cercaron y rodearon por todas partes, y una densa nube de flechas acabó casi con todos ellos. Los pocos que quedaron poblaron junto al Picudo de abajo.

Uno de los acontecimientos más memorables de este día fué la opípara comida y suntuoso banquete con que quisieron festejarme y obsequiarme mis indios bogas. Habían flechado tres ó cuatro monos cotudos, y por consiguiente era para ellos este día, día de Pascua. Encendieron fuego, arrimaron sus